

[39]

## LA INICIATIVA DIVINA EN 1 COR

Eduardo de la Serna  
Buenos Aires

Hay una constante en el pensamiento de Pablo: el centro de su pensamiento está puesto en destacar la iniciativa divina, a la cual el hombre está llamado a someterse. Ese es el sustrato de la justificación por la fe de Ga y Rom, y es, asimismo, el trasfondo de la invitación a aceptar la cruz como sabiduría y fuerza de Dios revelada al creyente por el Espíritu (1 Cor).

Podríamos señalar aquí, uno por uno, todos los términos que ponen de relieve esta iniciativa, pero voy a detenerme en los más significativos.

En primer lugar, resalta la idea de que *Dios quiso (eudókêsen)* salvar mediante la necesidad de la predicación. Dios quiere que el creyente descubra la acción de Dios; si el hombre viera su propio obrar (en as palabras de sabiduría) podría poner en esta acción su confianza en vez de ponerla en la obra misma de Dios. De este modo, la predicación de lo que el mundo tiene por necio invita fuertemente a poner en Dios mismo toda su confianza.

Cristo se revela en toda su fuerza y sabiduría a *los llamados (klêtois)*. Los llamados, que se identifican con los amados, son los que pueden, por el don divino que es el Espíritu, descubrir en lo profundo el plan de Dios de salvación para los hombres. La vocación forma parte del proceso por el cual Dios llama a los que Él ha elegido, para comunicarles los bienes de la redención y así justificarlos y santificarlos (Rm 8, 29-30; Cfr 1 Cor 1, 30). Esta elección de Dios no está ligada a supuestos humanos (las obras, la sabiduría), sino movida por la suprema libertad de Dios que es la que conduce al hombre a la fe (Cfr 1 Cor 1, 24, 26).

Esta vocación pone al creyente en estrecha relación con Cristo, lo sitúa “en Cristo”, pero asimismo lo pone en comunión con los restantes miembros del cuerpo de Cristo. Ciertamente la lla-

[40] mada parte de la iniciativa divina (marcada en el bautismo) pero mueve al hombre a una ética, una respuesta. Si los corintios son los “llamados” esto marca que la existencia de la comunidad se fundamenta en el poder y en la voluntad de Dios. Esto se remarca con la repetición de “ha escogido” en 1,27a. 27b.28.

De la iniciativa divina nos viene la participación en los dones *de la salvación*. Por su iniciativa “estamos en Cristo Jesús”, al que podemos descubrir como sabiduría que nos otorga el don de la justificación, la redención y la santificación.

La *palabra de Pablo* no puso en el modo su confianza; por el contrario dejó obrar al espíritu de Dios. La fe de los corintios es la consecuencia de haber dejado obrar a Dios, ya que la fe también es un don. La fe, precisamente, se funda en Dios mismo, no en el modo “sabio” de predicar de los hombres. Al no poner su capacidad (mucho o poca), al retirarse Pablo, dejó el campo libre al Espíritu de Dios que fue el que sembró la fe, el que edificó su templo.

La sabiduría de Dios, es de hecho una sabiduría de *misterio*, que Dios destinó para que se revelara en el tiempo final por la donación de su Espíritu. El misterio remite al plan de Dios, que es plan de salvación, que se remonta a los tiempos de la promesa, a los tiempos escatológicos. Dios fijó los tiempos con su sabiduría. La predestinación divina marca el momento en que lo oculto verá la luz. Dios es quien posee el conocimiento de los misterios y lo comunica (y es el mismo conocimiento de Dios el motivo por el que elige). Es el proyecto de Dios para los hombres.

Quiero destacar, finalmente, la palabra *hina*, que tiene un matiz profundamente teleológico para Pablo. En 1, 10 Pablo los invita “para” tener unidad en un mismo hablar, pensar y juzgar. En 1, 17 Pablo evita las palabras sabias “para” no desvirtuar la cruz. En 1, 27 Dios escogió lo débil y necio “para” confundir a los sabios y fuertes, lo plebeyo “para” reducir a la nada lo que existe (v. 28). En 1, 31 Cristo se presenta como nuestra sabiduría que es justicia, santificación y redención, “para” que el que se gloría, se gloríe en el Señor. En 2, 12 hemos recibido el Espíritu que viene de Dios “para” conocer las gracias que Dios nos ha dado. En 3, 18 uno debe ser necio (según el mundo) “para” ser verdaderamente sabio. En 4, 2 a los administradores (en orden al apostolado) se los exige “para” que sean fieles (*pistós*). En 4, 3 Pablo no se preocupa “para” que lo juzguen los hombres. En 4, 6 el verdadero ejemplo de los apóstoles sirve “para aprender” (texto confuso) y “para” no engreírse unos contra otros.

[41]

Como puede verse, los *hina* que encontramos en la unidad en que Pablo intenta hablar de los apóstoles se caracterizan por su contenido especialmente ético, mientras que en la unidad de la “sabiduría” tienen un contenido más teológico-teleológico. Señalan el plan divino, un plan que actúa en la cruz. Decir *hina* es decir la intención de Dios. La misma cruz puede transformarse en objeto de predicación porque tiene un *hina*: la salvación. Así es como Pablo mira el *telos* escatológico de los caminos de Dios... él confiesa la cruz porque él ve en obra en el evento de Cristo a Dios que conduce su historia hacia la meta invariablemente conflictiva, destruyendo la auto-glorificación del hombre en orden a que Él pueda magnificar su propia gloria.<sup>1</sup>

Así la iniciativa divina aparece como un eje sobre el cual Pablo desarrolla su pensamiento, sea frente al problema de la ley y las obras en las que los judíos se afirmaban, sea en la sabiduría o en los hombres en las que se afirmaban los corintios. La respuesta, para Pablo, está en Dios y en la perfecta iniciativa divina que es Cristo. Todos los dones con los que Dios inunda al hombre podrá recibirlos aquel que no quiera tomar la iniciativa en el camino de la historia, sino el que deje actuar a Dios en su propia historia, el que se retire para recibir el Espíritu que Dios quiere otorgarle como un don. Quien centre su atención en la iniciativa divina necesariamente pondrá en Dios toda su confianza, ese es el presupuesto del que parte Pablo en su reflexión. De esa manera, lo que el Apóstol pretende es que todo aquel “que se gloríe, que se gloríe en el Señor” (1, 31).

La comunidad de Corinto es un mosaico de culturas, razas, clases sociales.. Dado que han recibido el Bautismo, son incorporados al cuerpo de Cristo, que los une, los hace uno “en Cristo”. Desde ese momento, los corintios son de Cristo. Sin embargo, guiados más por motivos exteriores (carismas, retórica,..) y por un entusiasmo interior que les impide interiorizar las realidades que viven, la comunidad se ha dividido en grupos. Cada corintio (¿todos?) se vuelca a un personaje movido por la elocuencia del predicador, por la relación discípulo-maestro, por afinidades en el pensamiento, por una relación con aquel que lo inició en la fe (por el Bautismo), por la identificación al estilo de las escuelas filosóficas, en fin, por la natural tendencia a la división que los corintios tienen. Pablo ve una cosa muy grave en esta división: son

---

<sup>1</sup> E. Stauffer, *hina* TDNT, 329-330.

[42] de Cristo, no de un apóstol. Informado de esta realidad, les escribe llamando a revertir la situación.

En su primera carta a los corintios, Pablo presenta la situación (1, 11-18). Sabe que el motivo de las divisiones es una falsa concepción de la sabiduría, ya que uno de los motivos de división es su falta de elocuencia: más aún, el mismo contenido de su predicación terminará puesto en duda, ya que él no predicó (por iniciativa divina v. 17) con palabras sabias para que resulte en toda crudeza la cruz de Cristo. La cruz es, de hecho, la que opera la verdadera división que existe entre los hombres: los creyentes (que se salvan) y los que se pierden. Para estos, la cruz aparece como algo necio y débil, algo les falta; para aquellos, en cambio, la cruz se les muestra con toda su fuerza y sabiduría, algo han recibido (1, 18-25).

Pero esta realidad cruda de una cruz que aparece necia y débil es la misma realidad que se vive en la comunidad corintia, ya que la mayoría de estos son necios, débiles, plebeyos y despreciables. En ellos se muestra Dios, en ellos han actuado todos los dones de la salvación manifestados en su sabiduría que es Cristo mismo (1, 26-31).

Precisamente, incapacitados para ver, los que poseen la “sabiduría de este mundo” no pueden ir más allá de las apariencias, no han sabido descubrir la “sabiduría de Dios” que se hace presente ante sus ojos (en la Creación, en la Cruz...). Si la sabiduría lleva al hombre por el camino hacia Dios (por eso se identifica con La ley en el judaísmo tardío), Cristo es la misma sabiduría en persona. Sin embargo, Dios no cambió su pedagogía, y si el déuteronomista remarca la elección libre de Dios de un pueblo, no por sus méritos (Jos 24, 1-29), sino por su propia voluntad, el más pequeño los pueblos de la tierra (Dt 4, 37-38; 7, 7-8), descubrimos que Dios actúa según el criterio de su elección, que es el amor. Dios no actúa movido por la iniciativa humana, y prefiere mostrar su amor, su sabiduría y su poder en lo imprevisto, en lo que el hombre naturalmente tendería a ver debilidad y necesidad. Ideas similares pueden descubrirse en el sacrificio de Isaac (Gn 22 E) y el casamiento de Oseas (1-3). Esto nos invita a descubrir que las más antiguas tradiciones de Israel, las del grupo de Moisés (al Norte) ya descubrían que el motivo de la elección es la absoluta libertad e iniciativa divina. (Quizá haya que ver algo semejante en la insistencia en las mujeres y el hermano menor de J). Desde muy antiguo Dios obró con total libertad, y desconcertando los criterios humanos. La Cruz de Cristo, el gran acto del amor de Dios, el ac-

[43] to supremo de la *iniciativa divina* no habría de cambiar la pedagogía. De allí que la misma predicación de Pablo refleje esta “debilidad”, e incluso, su misma persona “débil y tembloroso”. Cuanto menos signos exteriores de sabiduría o fuerza muestre, más libremente actuará el Espíritu con su poder (2, 1-5).

Precisamente, para quienes no tienen el don de la fe, esta acción de Dios permanece totalmente escondida, oculta, “en misterio”, por tanto, algo que no se ha revelado aún, ya que son todavía de “este mundo”. Pero aquellos que pertenecen al grupo de los creyentes, los que aman a Dios, han recibido el Espíritu que les ha revelado los misterios de Dios, la “profundidad de Dios”. Al tener el Espíritu, los creyentes son de la escatología y pueden entender las cosas de Dios, tienen su mente (2, 6-10).

Sin embargo, los corintios han actuado como si no hubieran recibido el Espíritu, han procedido al modo humano. No son de este mundo, pero han actuado “como” si lo fueran. Esta realidad de la situación corintia hace que “en la práctica”, haya dos grupos (o mejor, dos etapas) en la misma comunidad: los perfectos, y los pequeños. Estos deben crecer en el *amor* y la *fe*, aquellos son los que logran captar las cosas de Dios, son los que logra el conocimiento por el amor (3. 1-4).

Acá es donde se comprende con nueva luz la acción de gracias de la carta (1, 3-9): Pablo no ha dado gracias por la *fe* ni por el *amor*; no tenía motivos. Más bien pone el acento en la iniciativa divina: gracia, han sido enriquecidos (pasivo divino), don de la gracia, Revelación, fortalecerá, irreprehensibles (*aneghklêtous*), Día, fiel es Dios, llamados a la comunión... Respondiendo a la iniciativa divina, los corintios podrán crecer en su fe.

Después de haber ubicado la verdadera sabiduría de Dios, que se revela por el Espíritu, y por tanto la comprenden los espirituales, Pablo va a ubicar el lugar de los apóstoles en la vida de la Iglesia. La Iglesia precisamente es una construcción de Dios, una plantación, en la cual los apóstoles son instrumentos (3, 5-17). Precisamente por esto, los corintios no han de poner su confianza en la elocuencia o en los predicadores. En realidad los predicadores son servidores de los corintios. Estos deben poner su confianza sólo en Cristo (3, 18-23). Estas actitudes de los corintios son verdaderamente necias y preocupan a Pablo, que ha entregado toda su vida al servicio del Evangelio (1, 17), a administrar los misterios de Dios (4, 1-5).

Pablo, entonces, mostrará cómo vive el Evangelio, y cómo contrasta esto con la vida de los corintios: mientras en los apósto-

[44] les se hace carne la cruz de Cristo, ellos, movidos por el entusiasmo ponen su confianza en otras cosas (4, 6-13).

Finalmente, Pablo los exhortará vehementemente a caminar su camino (vv. 16-17). Como Timoteo (v. 17), los corintios son “hijos míos queridos” (v.14). Pero aquel es fiel (*pistós*) y por tanto puede enseñarles el camino de la fe y del amor, el camino de la perfección, a vivir como espirituales (4, 14-21).

Pablo quiere claramente que los corintios entiendan que “la piedra de parangón de la madurez y la espiritualidad cristiana no es la gnosis sino el amor”.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Ch. K. Barrett, *La prima lettera ai Corinti*, Ed. Dehoniana. Bologna, 1979, p. 98; cfr. H. Sehler, “El conocimiento de Dio, en la correspondencia paulina”, en: *Problemas exegéticos fundamentales del NT*. Fax, Madrid, 1970. pp. 442-443.